

Perdidos en el espacio

Columna por Ana María Cano

No parecen de la misma edad pero lo son los dos. Uno tiene siete años y se le escapa a la mamá que vive en Robledo, toma el bus que es y va a dar al centro a andareguiar para ver qué trabajo consigue y dónde se rebusca plata que ayude y ahí sí volver a aparecerse en la casa, que ellos mismos hicieron al lado de la quebrada. El otro, conocedor de Fisher Price y todos sus trucos, trepado del triciclo al ciclocross, patinador de parqueaderos, no sabe qué hay después de la portería de su unidad residencial; lo llevan y lo traen de un lado para otro, motorizado, pero lo dejan caminar por un centro comercial donde los que ve van vestidos igual a él y parecen los mismos del colegio donde estudia, y después lo devuelven amarrado con cinturón de seguridad a la casa, lo llevan a nadar y a karate sin que reconozca dónde vive, ni sepa el nombre de una calle, no distinga un árbol distinto del guayacán y eso porque una vez al año ensucia con sus flores el pavimento donde patina y menos sabe cómo son los buses por dentro ni cómo es el centro ni cómo se gana la gente esa plata que sale por los cajeros automáticos con sólo apretar cuatro botones.

Más tardecito, en unos pocos años, los dos mismos pelados van a estar todavía más lejos entre sí, aunque sigan viviendo en la misma ciudad. Mientras el que rueda, aprende a navegar y a desenvolverse en un mundito social cerrado donde escogerá amigos, socios y novia, y luego pasará tres cuartas partes de la vida pegado a la pantalla recibiendo instrucciones que no comprende bien pero que sigue al dedillo, el otro camina, baja y sube, aprende en los buses cómo es de distinta toda la gente, conoce barrios, calles, tiendas, parches, muertos, persecuciones y al colegio no pudo volver por que tuvo que camellar para ayudar; él, muchacho, tiene ya cara de señor, mira la ciudad elegante y la desarrapada una detrás de otra, como ve pasar el día y llegar la noche, esperando que el milagro se produzca y pueda ser rico. Igualito está buscando el otro muchacho por senderitos universitarios, por créditos y exámenes para probar que sabe algo distinto que “chatear”

en el computador, o presentarse con la frescura de un animador de canal de videos MTV para rumbar toda la noche, rodando de sitio en sitio a la deriva, que de noche es su mayor exploración de esta ciudad, donde él aspira a lo insospechado pero vuelve a la casa todo lo cansado que puede, sin encontrar nada distinto.

Son estas camadas de muchachos que ocupan los puestos de todos los colegios privados, conocen el nombre de las calles de Miami pero no las de aquí, no se han perdido nunca haciendo una vuelta, porque no les ha tocado hacer ninguna, el pasaporte y la cédula y la tarjeta militar y hasta el carné de la universidad les han caído en sus manos por obra de sus estresados papás. No han estrenado el Metro, que le cayó a esta ciudad, pero que usan y conocen los otros, los que reventaron bus y tenis y conocieron esta ciudad e hicieron los paseos que se hacían a pie al comienzo del año a Girardota o a San Pedro. Con el Metro y sin padecer el tratamiento homogenizador de los centros comerciales o de los clubes, el de a pie ha podido conseguir novia en otro barrio, usar lo que ofrece la ciudad como diversión gratuita y hacerse a un paisaje más entretenido que el de la urbanización cerrada y de los “mall de comidas”. A la hora de trabajar el muchacho que rueda y navega tiene que enviar menos hojas de vida, porque también sus estresados papás intervendrán en esto para establecer las conexiones con las que se obra el milagro, el abretesésamo de las puertas. El otro, fogueado desde los siete, si ha logrado no irse detrás de un paquete para algún aeropuerto internacional y caer preso, o no ha torcido con un arma su capacidad de hacer, tiene más cancha para saber dónde pisa. El que rueda tendrá que hacerle quites a las propuestas de emoción que le llegan en vasos, en pastillas, inhalados, o salirse de ese mundito de plástico en el que lo encierran y del que sólo sale a pie trotando, de su apartamento en la transversal hasta el gimnasio y vuelta, porque él está como los otros compañeros de colegio y de universidad, perdido en el espacio. A falta de ciudad mejor es navegar y rodar.

Febrero de 1999